

Tierra y Libertad



Barcelona, 21 de noviembre de 1931

SEMANARIO ANARQUISTA

Año II - Núm. 40 - 15 CÉNTIMOS

En tono de polémica AD LIBITUM

Labor anarquista, es romper bruscamente con la educación, el espíritu y las ideas recibidas en y por la Sociedad.

No sea ni el oportunista que las sigue, ni el idealista que edificó en la isla de Sauto y se alimentó con el pan de la Utopía.

Querer vivir y tener el orgullo de querer vivir, no en los caprichos del loco, o del neurótico, sino poniéndolos en contacto con las realidades de la vida y parangonándolas con nuestros principios y filosofías: haciendo la crítica mordaz y cruel que merece todo engaño y toda la maldad que encierra el mentir al pueblo.

Saber ser anarquista!

El anarquista no puede ser pseudoliberal.

Un hombre ha dicho: «La libertad del hombre puede llegar hasta los confines del poder, sin que esto quiera decir que debe llevarla a tal punto.»

Por todos lados, a cada momento oyes en nuestros medios idealistas la frase siguiente: «Sólo libres. Libres ¿eh?»

Trátese de saber si esta potencia corresponde al más grande desarrollo de la individualidad humana.

No es que se quiera disminuir la libertad del individuo, pero se debe aspirar a que en todo momento el hombre sea dueño de sí mismo y con capacidad para vislumbrar los minutos presentes y los del porvenir.

El hombre debe dirigir su esfuerzo, su inteligencia, para poder sacar el máximo de satisfacción como complemento de su obra.

No se puede ser como el maquinista loco que por llegar quemó su máquina, porque al hacer esto, hace su último viaje.

Que tengamos libertad de hacer cuanto queramos, pero que sepamos a donde nos conduce cada libertad y solamente después de haber pensado el pro y el contra, se decidan a obrar.

Tracemos imaginativamente, en líneas bastante precisas, pero no definitivas, el diseño de la existencia que deseamos vivir, e inmediatamente hagamos nuestra labor para contrarrestar las fuerzas enemigas.

Destruir es obra al alcance que cualquier hombre que tenga corazón y voluntad, aunque carezca de cerebro, puede realizar.

La autoridad está infiltrada en el instinto de todos los hombres; saber emplear esa autoridad es la verdadera labor de saber ser humano o criminal.

La libertad de un pueblo es la escala que muestra la mentalidad de los individuos y no en forma de Estado.

Nuestra lucha debe ir contra los individuos y no contra un gobierno o sus elegidos, pues ello resulta pueril. Debe ir contra los electores e igualmente debemos de proceder en todo orden de ideas.

Si, contra el rebaño, contra el carnero de Panurgo, debemos revolernos; pero el que sigue, el que obedece, el que dentro de su corazón tiene una sensibilidad, dentro de su estómago una satisfacción y dentro de su cerebro un puñado de cemento.

El anarquista debe ir contra toda autoridad subjetiva, venga de donde viniere, no soportando la autoridad objetiva nada más que por la situación de fuerza en que se basa el vivir de hoy.

La idea de Dios, Honor, Patria, Ley, etcétera, son autoridades subjetivas, pero la ignorancia de las masas es quien revistióla de otra apariencia, la convierte en objetiva, y es contra esa ignorancia contra quien debemos luchar.

Se ha llegado a vulgarizar este lugar común:

Todos los anarquistas muertos por la idea, ¿lo eran verdaderamente?

Pero hay los que viven y quieren vivir todavía más, en lucha para el mayor desarrollo de su individualidad.

Los reformistas, los comunistas, los revolucionarios de oficio, los oportunistas, los idealistas, los que rompen paredes a cabezazos no pueden tener sitio aquí.

Esta obra tiene que ser el punto de convergencia entre los que a través del mundo viven en anarquistas, bajo la sola autoridad (espiritualmente considerada) de la experiencia y del libre examen.

Luchar para vivir no merece el sacrificio de una existencia. Vivir para luchar, a más de la gran obra que se puede realizar, bien vale la satisfacción que se siente por el deber cumplido, cuando este deber va en beneficio de la Humanidad.

MACIO HAJATIEBIA

Andalucía la trágica

Este invierno, en Andalucía, el frío será más intenso. Las gélidas ráfagas invernales elevarán sus agudos alfileres en las casuchas más pobres, donde falta el pan y el abrigo. El espectro macabro de la muerte ha de bailar su trágica zarzuela en las chozas de los campesinos, sus tierras ni color.

El hambre y el frío extenderán su manto de dolores por las amplias campiñas andaluzas no cultivadas.

Andalucía, la trágica Andalucía, está destinada a renacer o perecer silenciosamente bajo el peso de sus miserias y sus dolores. El drama político del campesino andaluz es todo el proceso desconcertante de un sistema político y económico que se derrumba estrepitosamente, víctima de sus propios errores, crímenes e injusticias.

Los privilegios, las tiranías y las desigualdades han engendrado siempre el odio, el descontento, la rebelión y las revoluciones.

Todo será humillado, depauperado, víctima de la soberbia y el poderío de los señores, no encontrando otra salida a su situación indignamente miserable, acaba por entorpecerse, volverse moral y físicamente, o por engrosar al ya numeroso ejército de la revolución anarquista.

Andalucía es un volcán revolucionario que irremisiblemente ha de estallar enfurecido, extendiendo sus llamas lavas por todo el suelo de Iberia. Cimentada en obreros desmoralizados silenciosos por los campos diezmados y los pueblos andaluzes. Diez mil familias que les falta el diario pan que nutre y alimenta.

Este ejército dolorido de obreros sin trabajo, va desfilando su vida con pesadez de plomo, con la angustia y la desolación de las tragadas lánimas, silenciosamente, sin la ilusión esperanzadora que anima y fortalece. Quizá, de vez en cuando, flaran sus ojos hundidos, estropeados por la miseria y el hambre, en los lujosos mansiones donde la burguesía y las máximas autoridades moran, y basearán, temerosos, indignados, la tea que les prende fuego... Esta gesta de redención y dignidad puede acabar con los privilegios y las injusticias humanas.

Ahora que el invierno ya empieza a extender sus garras heladas sobre los corrillos de Andalucía, y las masas campesinas notan que el hambre y el frío les pinchan muy hondo, en el corazón, antes de morir cubardamente, se levantarán armados, con las hoces en alto, a la medida justa de las esbezas...

Castilla, despierta

La clásica Castilla mundana, la de los bailes y las berbenas, ha muerto en un sueño. Muchos siglos de versos, de música, de fiestas cortesanías, de intrigas y orgías palaciegas, la tenían dormida. La lira y el arpa, los bailes y las berbenas, la harabanda lirica de sus poetas, han enmudecido. Castilla ya no lee a Lope de Vega y muy poco a Cervantes. Ya no la interesan los pastores gentiles ni las púrpuras princesas, los lagos dormidos ni los jardines reales. Castilla es otra. Magnífico renacimiento, que ha de tener culminaciones preciosas.

El feroz campesino castellano, el del color de la tierra que labra, va superándose continuamente, desarrollando su individualidad en la sociología y las luchas obreras; por eso ya no es monárquico, ni republicano, ni socialista; un grandioso deseo de libertad empieza a tomar cuerpo en su mente despierta. Las ancestrales injusticias humanas han extendido su espíritu, libremente abierto, al espacio sin límites, con una sed infinita de redención y de vida... Infinidad de agrupaciones anarquistas se

forman cada día. Organizaciones obreras en masa abandonan los rediles del socialismo e ingresan en la Confederación Nacional del Trabajo.

Por las paradas estepas castellanas se extienden activos núcleos revolucionarios que pronto darán su fruto.

El clericalismo y el autoritarismo van perdiendo terreno. Lo tradicional y lo arcaico, es condenado y vilipendiado por las gentes más sencillas. La aurora de una vida nueva se abre en el horizonte castellano con toda su magnificencia y plenitud.

Castilla se mueve y agita entre a Andalucía.

Cuando el hambre y el frío lanceen a las campiñas andaluzas a una sublevación libertaria, los castellanos rebeldes, henchidos de luz, sumarán sus hoces a las de su hermana región andaluza.

Andalucía la trágica y la parda Castilla, tomando conciencia de su vida y de su derecho, ya son una realidad esperanzadora... Tienen toda la brillante luminosidad de un símbolo revolucionario.

Cataluña Rebelde

Actualmente Cataluña está desconocida. Una depresión y una tiniebla ridícula han apoderado insidiosamente de las gentes. Actuaciones equivocadas y desarticuladas van dando su fruto. Cierta sector de la organización obrera, ha logrado, con su continua propaganda, derrotista y extemporánea, atomizar a los obreros. La Barcelona revolucionaria, la Cataluña rebelde, con su tradición anárquica y todo, son las que ofre-

cen pocas condiciones para una acción revolucionaria.

Este proceso psicológico que notamos en Cataluña es la repercusión nefasta de aquellos cantos encubiertos a la política y a la revolución.

Quien más se precia de moderado y razonador le compete precisamente la tremenda responsabilidad de la depresión de ánimo del pueblo catalán. La política, la

Contra la guerra

El domingo, 15 del que curso, se celebró en el p.acio de Proyecc oés un mitin organizado por el Grupo Cultural Faros, para protestar de la guerra. El lleno fué completo; el éxito, resonante. Los compañeros y compañera que hicieron uso de la palabra tuvieron la habilidad de mantener al auditorio en atención creciente desde el principio al fin del acto. Bien documentados, bien orientados en su campaña, su disertación vibrante y llena de interés, fué premiada con nutridos aplausos, muy merecidos, ciertamente.

Se dijo allí cuanto es posible decir en contra de la guerra. Aunque, por mucho que se diga y por mucho que se haga, la guerra es inevitable. Llegará el temido momento, y llegará pronto. Está detrás de la puerta. Eso lo ve un ciego. Y será, como todas las guerras, la válvula de escape que abrirá el capitalismo para alejar de sí el peligro de su definitiva derrota.

A pretexto de derrocar el imperialismo norteamericano, como el 14 se pretendió derrocar el alemán, irán los pueblos a la lucha, conducidos por los Estados, para reducir un exceso de población alarmante, para asesinar en los campos de batalla a millones de millones de hombres, que, hambrientos, son un serio peligro para las clases privilegiadas.

Es la historia de siempre. Es la eterna repetición de los hechos. El capitalismo es una fiera sin entrañas y no defiende más que sus propios intereses. Como exorable vampiro, en la fábrica, en el taller, chupa la sangre del proletariado, acumula beneficios a costa de su miseria, detenta el poder, selecciona al misero inconsciente que gusta de la holganza, y crea la fuerza pública, que arma hasta los dientes para que defienda sus privilegios y extermine en la calle, llegado el momento, al que en el taller no logró eliminar.

Las máquinas desplazan del taller a mayor número de hombres cada día. Estos obreros sin trabajo no comen, sus hijos adquieren la tuberculosis, y esto es un peligro para el capitalismo. Para alejarlo, es ya medida muy usual provocar de cuando en cuando una guerra. Si el proletariado ha de morir de hambre, qué más da que muera en los campos de batalla para defender al capitalismo?

Esto será inhumano, pero es una realidad que todos vemos. Y es necesario poner término de una vez para siempre a este estado de cosas, es preciso que todos terminemos con estos viles procedimientos, atacando el mal en su raíz.

Si es el Estado y el Capitalismo los que a la guerra nos llevan, empujemos las armas para matar al Capitalismo y al Estado. Ellos nos las entregan para que los defendamos de nosotros mismos. Pues defendámonos nosotros mismos atacándoles a ellos.

En el mencionado mitin se preconizó la guerra social para terminar con las guerras intestinas entre la fuerza pública y la clase proletaria, para dar fin a las luchas de los pueblos.

Es el más recto y el más eficaz, por tanto. El Capitalismo ha fracasado, pero aún dispone de la fuerza y de las armas. Al hombre consciente corresponde hacer uso de una y de otra en beneficio de la humanidad. Con protestas contra la guerra no se pone fin a la guerra. Hay que vencerla con la guerra: con la guerra social.

Los círculos y algunos bares mercantes están repletos de presos. En muchos hogares falta el brazo que ganaba el pan para muchos criaturas y mujeres. Y estos hombres, arrebatados miserablemente de sus casas, son maltratados y apaleados en las Jefaturas de Policía y en las prisiones.

Luchar para conseguir la liberación de los presos es un caso de dignidad.

eguera y un mentido amor a la organización de ciertos militantes, no supieron advertir al pueblo que se le estaba engañando, que no eran aquellos los derroteros que había que seguir—las elecciones—, que la revolución, a pesar de la horraqueta y el jolgorio republicanos, aun no se había hecho. Incluso se llegó a creer que Maciá, futuro defensor de los obreros, sería un freno increíble a los desmanes y a los atropellos que las autoridades madrileñas quisieran cometer contra la clase trabajadora.

Hoy Maciá se ha entregado de lleno al fascismo castellano; los trabajadores son humillados y escarcelados como nunca; y los que han conducido a la Confederación Nacional del Trabajo por vericuetos tan extraños y difíciles, pretenden justificar su actuación pasada proclamando a diestro y siniestro, a troche y a moche, de noche y de día, la incapacidad de las masas trabajadoras, para realizar la revolución social.

Cataluña, hasta algún tiempo, dejará de ser aquel foco incandescente del cual se esperaba el primer estallido revolucionario. A lo sumo, de Cataluña podrán salir algunas inteligencias capaces de orientar y anarquizar la próxima revolución que se avecina.

España está abocada a una revolución social debido al resurgimiento de las masas obreras. Las atrocidades del gobierno republicano y la miseria que este mismo gobierno es incapaz de evitar, empujan presurosamente al pueblo a su lucha final.

A. G. GILBERT

El concepto revolucionario de los anarquistas

No nos debe de ofuscar nuestra inteligencia de hombres conscientes la emotividad de un espejismo que presenta todas las grandezas y garantías revolucionarias en su aspecto libertario cual la revolución rusa, postergada al término de una revolución política.

Nuestro concepto no puede variar porque es esencial a la libertad del hombre. Es la facultad inherente a la condición insuperable de su libre ejercicio. Si éste se ve privado de la libertad por la fuerza de un poder, es indudable que pretenda anteponerse a la ola arrolladora de su empuje, y no con la simpleza de un credo político, sino con el ardiente y fervoroso deseo de arrastrar con el cataclito artificial de fácil destrucción de todo un mundo de ignorancia que representa el Estado con toda la falange de burocratas.

La revolución que pretendemos hacer no es una revolución en que las fuerzas que intervengan en ella tengan como objetivo inmediato apoderarse del poder, ni sintetiza la división de la sociedad en clases, es una revolución que eleva al hombre a la categoría de dignidad, prescindiendo del poder coercitivo que representa todo poder. Nuestra concepción es humana y no responde al espíritu de partido. Existe una diferencia esencial entre la concepción política de la sociedad y la libertaria tan noble, que evidencia la nulidad de la política como núcleo social capaz de organizar la vida en su verdadero equilibrio, ya inevitablemente ésta cae en el vicio de concentrar en manos del poder la facultad concerniente a las prerrogativas del hombre; sin embargo, la concepción libertaria es amplia en horizontes, dejando al hombre en su plena facultad de acción. Si alguna teoría social ha sufrido los efectos de la crítica interesada, ha sido la teoría del anarquismo, que tiene un mundo de energías irreflexivas que, no obstante, ilusóticamente reconocen que humanamente es algo superior e incomerciable a la mentalidad de la época, en que la única fuerza predominante es la económica. Se nos combate no porque no seamos lógicos y humanos, sino porque el concepto nuestro de las cosas es esencialmente revolucionario y vamos directamente a una revolución que comience las bases morales y materiales de la sociedad presente, cuyo engendro satánico, no obstante ser obra del hombre, fué en una época en que éste no se daba cuenta de su posición en la vida.

Si hay alguna teoría social racionalmente concebida es la teoría anarquista, cuya integridad no destruye ni el poder influyente material del Estado ni la crítica mezquina y cobarde de los interesados en perpetuar el orden social presente. Se nos hace responsables de pretender destruir este orden material de cosas, y con franqueza, aceptamos la responsabilidad. Nosotros afirmamos nuestro criterio libertario sobre la base de destruir la propiedad privada, el Estado, la magistratura y todo lo que sea fundamento de esta sociedad. Se nos argumenta que nos estrellaremos contra la rutina inveterada y contra la imposibilidad material de organizar la vida en medio del caos y la confusión. No nos pasa desapercibido que los inconvenientes de una revolución no se salvan momentáneamente, pues el tiempo en este caso es factor decisivo y la actividad de organización será la resultante lógica y natural del fenómeno revolucionario. No se crea que nuestra revolución es un traspaso político, especie de golpe de Estado; es algo más profundo y vital que el hecho carnavalesco de un simulacro revolucionario que nada resuelve, que nada resolverá. Todo lo que no sea abolir el espíritu autoritario que informa a la actual sociedad, resulta pueril comparado con la grandeza del movimiento transformador preconizado por el anarquismo. Será una cataplasma que no puede curar el mal, ya que éste reside en su propia constitución. Hay que saturarla de un ambiente purificador, limpio del mismo político. En el concierto de las cosas no deben alternar más fuerzas que las que tengan una manifestación activa y puedan ser factores de orden social. La magistratura, el clero, la autoridad no competen a la libertad de los pueblos y fomentan la discordia, siendo la fuente de todo crimen. Es tan incompetente todo este sistema de la farándula ambiente, que determina todo un tejido de mentiras y convencionalismos que los hombres conscientes de su responsabilidad social no pueden admitir sin la grave responsabilidad de caer en el error de los indiferentes a toda innovación libertaria. Frente a todo sistema político y económico nosotros oponemos la razón social de un medio de vida en que el interés de uno sea el interés de todos; en que la solidaridad de intereses sea la base mancomunada de toda manifestación activa, en el sentido más amplio y progresivo. ¿Que somos incapaces de organizar la vida? Esto ya lo veremos.

Teóricamente y en principio somos superiores en la concepción a todo el resto de teorizantes e innovadores que pretenden armonizar los intereses de la sociedad. En principio, nosotros no aceptamos en ningún aspecto las reformas ni pretendemos conciliar lo irreconciliable; sería una abstracción que no compartimos.

Queremos hacer una revolución transformadora en que el medio social sea garantido por los elementos de vida indispensables a su natural conveniencia. Nuestra teoría no es una ilusión que sólo comparten una infima minoría que pasa desapercibida al

común de la sociedad. Nosotros podemos afirmar, y así es efectivamente, que la mayoría del pueblo consciente o de reflejo, está con nosotros, sólo que esperan que los más audaces vayan al enemigo para manifestar su simpatía hacia nosotros. Que no se hagan ilusiones nuestros adversarios, que la quiebra de sus intereses es patente, ya que la economía social burguesa sufre las consecuencias de sus propios desastrosos. La crisis mundial del capitalismo se agudiza perdiendo equilibrio en virtud de su falsa posición.

Es evidente que asistimos a la quiebra de la sociedad capitalista, y como valores sociales es indudable que nuestra presencia revolucionaria es indispensable al concurso de los hombres audaces que forman esa minoría consciente que determinará el principio de la obra renovadora tan necesaria a la salud del pueblo. El desconcierto en las altas esferas se deja sentir, es tan ostensible que no lo pueden negar. Ayer era, en lo que afecta a España, unas necesidades pluri-líneas que fuera del marco real de la vida se vieron eclipsadas por los llamados elementos políticos avanzados que quieren la supremacía de la democracia burguesa, que va insensiblemente de cara a una dictadura.

Mirad si están desconcertados los nuevos políticos españoles, que encendrán la más tenaz violencia, que no puede tener más contestación, lógicamente, que la misma violencia. Es un suicidio voluntario que tendrá trágica repercusión. Al igual que en España, los demás países sufren la misma depresión, así en lo político como en lo económico. Es la consecuencia inevitable del sistema capitalista que como supremo esperanza alardea de su fuerza para imponer el terror. La lucha por la hegemonía social se manifiesta en un tono tan agresivo que sólo el azar impondrá su voluntad haciendo valer su prepotencia.

Enemigos de todo poder, impondremos por necesidades revolucionarias nuestra voluntad; contrariando a nuestros enemigos, no tendrán más que aceptar el hecho.

No se crea que la revolución se deslizará en un plan suave; al contrario, como hecho impositivo tendrá la fase de la fuerza, ya que por ésta se impondrá. Indudablemente que el pueblo insurreccionado y armado constituirá una fuerza que tendremos que evitar que sea influenciada por los llamados comunistas, ya que éstos, bien claro lo proclaman, impondrán un poder despótico y autoritario encarnado en una dictadura de partido que anulará las libertades del pueblo. A los comunistas hemos de capturarlos como un peligro a la revolución del pueblo. Por encima de todos los partidos y por encima de todos los convencionalismos, impondremos el imperio de la libertad.

No concebimos más que una teoría capaz de ennoblecir a la humanidad: la teoría del anarquismo.

AMARANTA

La libertad, en todos los órdenes de la vida, es templanza, orden, equilibrio. Su prelación es el germen de la reconcilia.

La defensa de la República

Los políticos antiguos y modernos acaban de dar, todos juntos, una nota de desconfianza hacia el pueblo, al votar esta ley que tiene a defender nuestra república de trabajadores. Es que saben de sobras que el pueblo comuna a pasos agigantados a otra forma de vida que a ellos no les sienta muy bien. Saben estos políticos que este pueblo se va dando cuenta de la serie de inhumanidades que cometen a espaldas de él. Y para detener esta avalancha arrolladora que se les echa encima, no han encontrado otra fórmula mejor que esta ley que viene a ser una ley para ahogar en sangre la justa rebelión del pueblo. Serán todos juntos unos perfectos políticos, y por serlo, se olvidaron, cuando votaron esta ley, de la Historia. Si conocen algo de ella, verán que todas las luchas sociales que han existido y existen han sido sofocadas con la sangre de los rebeldes explotados, pero que nunca llegaron a exterminar el instinto rebelde del justo.

Esta ley ha sido una puñalada que dan al régimen por encima nuestra. ¡Se os agradece la forma, pero nunca la acción! Esta acción, el pueblo la tendrá en cuenta cuando se decida a coger el pie y para poder sostener lo que ni vosotros ni nuestros dictados son capaces de sostener. Tened en cuenta que la historia del pueblo es una continua lección, y yo digo: Si queréis soñar los justos aspiraciones de este pueblo no basta esta ley ni cien como esta que hicieron diarios. Si queréis llegar a esto, sólo os queda un recurso, y éste es minar el subsuelo de España y pegarle fuego por sus cuatro costados. Haced de España un cementerio donde no haya un palmo de tierra que no descanse un cadáver. Pero también digo: Tened en cuenta que si el pueblo no usó la guillotina, si se presentara el caso podría ahora una por barrio para ajusticiar a los que no supieron o no quisieron cumplir sus mandatos. La historia nos dice que la sangre derramada en todos los tiempos por los mártires de la libertad, siempre ha sido muy fecunda.

JAIMÉ BILLO